

apacherías
del salvaje oeste
javier lucini

PRIMERA EDICIÓN OCTUBRE del 2009
© J A V I E R L U C I N I
Director de la colección: JABO H. PIZARROSO
Ilustración: JUAN CARLOS ESTEBAN REAL
Producción editorial: ANA CLEMENTE ADRIÁN
© de la edición para todo el mundo,
MONO AZUL EDITORA
C/ Hasekura Tsunenaga 55 · 41100
CORIA DEL RÍO · SEVILLA
w w w . m o n o a z u l e d i t o r a . c o m

ISBN: 978-84-936469-6-7
Depósito Legal: J-793-2009
Técnicas gráficas LA PAZ, Torredonjimeno (Jaén)
printed in spain—impreso en españa

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio sin la autorización y el permiso escrito de la editorial.



—Cuéntame un cuento —le pedí.

—¿De qué tipo?

—Alguno acerca del grandioso Oeste dorado y los indios y el gran espíritu salvaje de América.

Americana, de Don DeLillo.

*“Ése es hoy en día el problema de los indios.
Tienen los mismos nombres durante toda la vida.
Los indios usan sus nombres como quien usa
un par de zapatos incómodos”.*

Una Droga Llamada Tradición, de Sherman Alexie.

Goyahkla (Aquel que Bosteza), alias El Que Ha Perdido Todo, alias Gerónimo, alias “el peor indio que jamás existió”, alias Moby Dick, la Ballena Blanca.

Si uno sigue el rastro de su nombre puede seguir al mismo tiempo el rastro de su historia.

Un niño Apache nace sin nombre y es su comportamiento en los primeros meses lo que sugiere a los padres un primer apodo. Esto no es ni mucho menos definitivo. Un nombre hay que ganárselo. En cualquier caso, la primera referencia que nos sale al paso es Goyahkla, Aquel que Bosteza. Quizá tuviera otros nombres antes, lo ignoramos. Pero de éste se desprende una infancia más o menos feliz. Como él mismo le contó a S. M. Barrett, “jugábamos al escondite entre las rocas y los pinos y a veces holgazaneábamos a la sombra de los álamos”.

Pero entonces, llegó aquel fatídico 5 de marzo de 1851. Goyahkla, en compañía de Mangas Coloradas, se acerca a la ciudad de Janos a comerciar y en el camino de vuelta se enteran de que el Coronel José María Carrasco, con un

destacamento de cuatrocientos soldados procedentes de Sonora, bajo el absurdo pretexto de siete mulas robadas en la localidad de Bacerac, ha cruzado la frontera, ha atacado por sorpresa el campamento Apache y no sólo ha exterminado a veintiuno (dieciséis hombres y cinco mujeres), sino que se ha llevado a sesenta y dos prisioneros (sólo seis hombres) para venderlos como esclavos en las haciendas. Entre los cadáveres se encontraban los cuerpos de la madre, la mujer y los hijos de Gerónimo. No tuvo tiempo ni para enterrar a sus muertos. Mientras miraba los juguetes de sus hijos y las pinturas de su esposa Arope, oyendo los pasos de los Apaches batiéndose en retirada, obtuvo su segundo nombre, El Que Ha Perdido Todo.

Durante el resto de su vida sólo pensaría en vengarse de México.

Y así llegamos al nombre con que se haría internacionalmente famoso.

Fue en Pozo Hediondo, en las cercanías de Arizpe. La batalla de la venganza. No duró más de dos horas. Los Apaches se alzaron con la victoria. Se dice que los rurales, acojonados, al ver lo que se les venía encima, invocaron a San Jerónimo: “¡Cuidado, cuidado, Jerónimo!”. De ahí el nombre con el que se le conoció desde entonces. Dicen que corría el 30 de septiembre de 1851, festividad del santo en cuestión. En cualquier caso, extraño nombre para un guerrero Apache, Gerónimo, patrón de bibliotecarios y estudiosos.

Después, no tardaría en convertirse en la pesadilla y la obsesión de muchos Capitanes Ahab del ejército de los Estados Unidos (ver Apachería n°19).

Al principio me resistía, pero como ya son más de tres personas las que al enterarse de que estaba traduciendo las memorias de Gerónimo, me han preguntado por la costumbre de gritar su nombre cuando uno se lanza en paracaídas o desde un precipicio, he optado por contarlo y pasar página cuanto antes. Resulta desolador que a la mayor parte de la gente eso sea lo único que le venga a la cabeza cuando se habla de Gerónimo.

La historia es de lo más banal.

Año 1940. Mediados de agosto. Al día siguiente, los miembros del Batallón 501 de Paracaidismo del ejército de los Estados Unidos van a realizar una demostración de despliegue masivo de tropas aerotransportadas en Fort Benning (Georgia), y para aliviar tensiones cuatro de ellos acuden al Main Post Theatre a ver la película *Geronimo!* (1939) de Paul H. Sloane, con Victor Daniels, alias Jefe Thundercloud, alias Tonto (ver Apachería n°12), en el papel de Gerónimo. Al acabar la película, envalentonado por una cerveza, el soldado Aubrey Eberhardt comentó a sus compañeros que no había de qué preocuparse, que el salto del día siguiente sería como otro cualquiera. Se burlaron de él. Uno de ellos le dijo que, llegado el momento, estaría tan asustado que no podría ni recordar su propio nombre, a lo que éste le respondió que para demostrarles lo contrario, cuando le llegara el turno de lanzarse al vacío, gritaría el nombre de Gerónimo con todas sus fuerzas. Y así fue. Y esa es la historia. No más que una bravuconada. Aunque, al final, trajo su cola. En 1941, el Batallón 501 de Paracaidismo incorporó el nombre del gran jefe a la insignia de su unidad. Más adelante, se sumaría a la moción el Batallón 509, y el teniente coronel Byron Paige,

de la 11ª División Aerotransportada, compondría el himno *Down From Heaven* que adoptarían los paracaidistas durante la Segunda Guerra Mundial: “Del cielo bajan once¹ / y van a hacerles pagar / gritan: ¡Gerónimo!, ¡Gerónimo! [...] El camino hacia la gloria es sangriento / pero estamos preparados, allá vamos / grita: ¡Gerónimo!, ¡Gerónimo!”.

El grito no sobreviviría a la guerra.

Hoy es lo que gritan los niños en las piscinas al saltar desde los trampolines.

Antes de abandonar esta Apachería, permítaseme agregar algo a propósito de los nombres Apaches.

Son las palabras de Marion Michael Morrison, alias John Wayne, alias Hondo Lane, alias Emberato (Mal Genio), alias El Duque, mientras ensilla su caballo, en la primera mitad de la película *Hondo* (1953), de John Farrow, basada en un cuento (luego transformado en novela de gran éxito) de Louis L'Amour. La testaruda Geraldine Page, alias Angie Lowe, al enterarse del nombre de la difunta esposa Apache de Hondo Lane, quiere saber su significado. Dice: “Destarte. Qué musical. ¿Qué significa?” y John Wayne le responde: “Sólo se puede decir en Mescalero. Significa Mañana. Pero tampoco significa eso. Es más que eso. Las palabras indias significan el sonido y la sensación de la palabra, como Amanecer: la primera luz de color bronce que hace resaltar las colinas comparadas con el desierto gris; el primer sonido que se oye de un arroyo ondulándose sobre las rocas y con las truchas saltando. Es como cuando te levantas con la primera luz del día, solos los dos, y sales del tipi, donde huele a humo y a intimidad, sólo tú y ella, un lugar seguro, sólo los dos; estar fuera y sentir el frío en la cara que viene del alto valle que

anuncia una nevada. No puedo decirlo en nuestro idioma, pero así se llamaba: Destarte”.

No hay mejor forma de describir la belleza del idioma Apache. Y la complejidad de su traducción.

Lástima que John Wayne, a quien los Navajos de Monument Valley también apreciaban de la época de John Ford, hiciera aquellas lamentables declaraciones en la revista *Playboy*. Corría el año 1971. El periodista Richard Warren le preguntó si sentía alguna empatía por los indios. “No creo que nos equivocáramos al arrebatarles este gran país, si es eso lo que me está preguntando”, respondió el Duque. “El supuesto robo de este país era una cuestión de supervivencia. Había muchísima gente que necesitaba una nueva tierra, y los indios fueron unos egoístas al intentar conservarla para sí mismos. [...] Lo que pasó entre sus antepasados y los nuestros fue hace tanto tiempo, bueno, malo o indiferente, que no creo que les debamos nada”. Cuenta Joseph McBride, en su monumental obra sobre John Ford (*Searching for John Ford: A Life*), que cuando visitó Monument Valley en julio de 1973, un mes antes de la muerte del gran director, habló con un joven Navajo vestido de uniforme que acababa de llegar de Vietnam. Le preguntó qué opinaba de John Ford y le dijo: “¿El viejo con un parche en el ojo? Buen tipo”. En cambio, de John Wayne, después de aquellos comentarios en el *Playboy*, le dijo que si alguna vez se le ocurría volver a Monument Valley a rodar una película, sería mejor que se anduviese con ojo porque él le estaría aguardando, sentado en la cima de las rocas con su rifle M1, y le mataría.

El Duque nunca volvió a Monument Valley.